

ESPAGNOL

Commenter en espagnol le texte suivant et le traduire de « Yo los vi, vi su cansancio, ... » jusqu'à « ..., pero yo rugí más que ellos—. ».

Era cierto que la lucha acababa de terminar. Era cierto que mis hombres estaban cansados, que necesitaban descansar, pero no creo que aquellos diez minutos resultaran tan largos para ninguno como para mí. La decisión que acababa de tomar me había devuelto al día más amargo de mi vida, y mientras escuchaba a lo lejos los gritos de Comprendes, volví a vivirlo, a verlo todo, montones de maletas abandonadas flanqueando la carretera y aquellas mujeres moribundas de cansancio, cargadas de bultos y de niños, algún hijo más grande de la mano, que avanzaban despacio por la calzada entre soldados sucios, encogidos. Ellos también entraban en Francia solos, en parejas o en pequeños grupos, a veces junto a algún animal suelto, atado a un cordel que nadie sostenía por el otro extremo. Yo estaba allí, viéndolo todo, escuchando el sonido de la derrota, ecos de voces que repetían un nombre a gritos, quejas, juramentos, los gimoteos de una niña que se había perdido. También el silencio de una mujer exangüe, que llevaba toda la desesperación del mundo prendida en los ojos y el pañuelo de las campesinas sobre la cabeza. Aquella mujer que se sentó en una cuneta y se sacó un pecho flaco, vacío, para intentar aplacar al bebé que llevaba entre los brazos, no para que un fotógrafo norteamericano la encuadrara con su cámara.

Al final, aquella foto dio la vuelta al mundo desde la portada del *Paris Match*, porque cuando estaba a punto de ir a partirle la cara a aquel cabrón, mi teniente coronel me llamó a gritos, ¡González! Aquel día de febrero de 1939, yo aún no era el Gaitero, y él, José del Barrio, todavía el jefe del XVIII Cuerpo del Ejército Popular de la República Española, mi jefe. Cuando llegué a su lado, vi que él también estaba mirando a aquella mujer, la miraba de un modo que me obligó a preguntarme de dónde iba a sacar la leche que iba a pedirme de un momento a otro, pero lo que dijo fue distinto. Mis hombres no van a pasar la frontera como vagabundos, como maleantes, mis hombres no, eso fue lo que me dijo. Avisa al mando de que cedo mi turno. Pasaremos mañana.

Somos unos cabrones. Antes de obedecer aquella orden, me fui a por el fotógrafo, le aparté de la mujer, y cuando ya estaba a punto de meterle una hostia, empezó a apaciguarme en español, con los brazos extendidos hacia delante, las manos abiertas, está bien, está bien. Luego se marchó corriendo, y fui tan tonto que ni siquiera le quité el carrete. Después de eso, creí que ya nada podría impresionarme, pero en el puesto de mando había un general mayor, con la guerrera alicatada de medallas, que lloraba como un niño de sesenta años y sólo sabía repetir esa frase, somos unos cabrones, unos cabrones, somos unos cabrones. Y ni siquiera eso me conmovió tanto como el discurso que pronunció el teniente coronel a mi regreso, ante una masa de hombres desaliñados, rendidos por fuera y por dentro, formados a regañadientes.

Yo los vi, vi su cansancio, su desesperación, tan semejante a la mía, y cómo se
35 esfumaban todas juntas, cómo íbamos irguiéndonos uno por uno, cómo levantábamos el ánimo,
y la cabeza, mientras escuchábamos aquellas palabras, hemos perdido la guerra, pero no el
honor, hemos perdido la guerra, pero no la razón, hemos combatido durante tres años por la
legalidad constitucional de nuestro país, como el único ejército español legítimo... Al día
40 siguiente, todos los hombres del XVIII pasamos la frontera afeitados, limpios, repeinados y
desfilando, cantando el *Himno de Riego* en perfecta formación, para ir a parar a los mismos
campos que los demás, como si fuéramos vagabundos, como si fuéramos maleantes. En
apariencia, aquel gesto no sirvió de nada, y sin embargo, el 2 de julio de 1944, cuando entré en
la plaza de aquel pueblo de Haute-Garonne cuya liberación nunca aparecerá en ningún tratado
sobre la Segunda Guerra Mundial, miré al cielo, como miran los toreros cuando quieren brindar
45 un toro a alguien que ya no está a su lado, antes de empezar como empezaba mi teniente coronel
cuando hacíamos las cosas bien.

—¡Enhorabuena, camaradas! Enhorabuena y gracias a todos. Hemos ocupado esta
posición sin bajas mortales ante un enemigo numéricamente superior, y esto es sólo el principio,
pero nuestro camino no termina en París —aquella frase les desconcertó tanto que sólo al
50 escucharla empezaron a prestarme atención de verdad—. Eso es lo primero que quiero
advertiros. Nosotros no luchamos para llegar a París, y tampoco somos soldados de fortuna. No
somos mercenarios, no somos forajidos, no somos bandoleros ni salteadores de caminos —hice
una pausa y levanté la voz—. ¡Nosotros seguimos siendo el Ejército de la República Española!
—ellos rugieron, pero yo rugí más que ellos—. Eso es lo que han aprendido los alemanes hace
55 un rato, y eso es lo que no voy a consentir que se le olvide a nadie, ¿está claro? ¡A nadie! Porque
hace cinco años perdimos una guerra, pero durante tres años luchamos con las armas contra el
fascismo, por la legalidad constitucional de nuestro país, por los derechos y por las libertades
de los españoles. Y no sé por qué lucháis vosotros, pero yo sigo luchando por la misma causa...

Mientras hablaba, les iba mirando a la cara, ganando confianza y perdiéndola a la vez,
60 porque no estaba muy seguro de cómo iban a reaccionar. Yo no tenía ningún sable, no había
estudiado en ninguna academia, no había recibido galones ni medallas de ningún ministro de la
Guerra, y nunca había desfilado sobre un caballo blanco. Yo era como ellos, lo mismo que ellos,
un minero asturiano, un soldado del XVIII, un rojo español de Argelès-sur-Mer, un leñador
forzoso, luego un guerrillero, ni más ni menos que los hombres que tenía delante.

Almudena GRANDES (1960-), *Inés y la Alegría*, 2010.